me consigue una poca de gasolina" —le dije.

"¡Quinientos dólares!" — dijo emocionado.

"¡Diablos!, señor, por quinientos dólares soy capaz de volar ese aparato yo mismo".

Le alargué la cantidad inmediatamente.

Regresó corriendo a la casa y contrató dos hombres que echaron abajo dos o tres árboles más, que estaban entre mi avión y la carretera. Después, con algunas dificultades, pudimos empujar el Stinson hasta ponerlo sobre el pavimento de la carretera. Ahora solo me estorbaba un alambre de un teléfono que cruzaba el camino.

"¡Cien dólares más, si me tiran ese alambre"! —dije al ranchero— Se subió a un poste en un momento y cortó el alambre con unas pinzas. Mientras, uno de los hombres trajo un viejo camión con veinticinco galones de gasolina en botes y me ayudó a cargar.

Pusimos la cola del avión en la parte posterior del camión, poniéndolo en posición de poder despegar. La gasolina era de muy mala calidad —gasolina para auto y no de la mejor clase— pero eché a andar el motor y me alisté. No podía perder un minuto, pues en ese momento aparecieron tres automóviles, como a media milla de distancia en la carretera. Yo sudaba sangre, figurándome que en uno de ellos vendría el Sheriff.

Finalmente, dí la señal y me elevé triunfante, con la tela de las alas que había sido rasgada, flotando en el aire. Pude despegarme en un corto trecho afortunadamente. Eché una mirada al pasar cerca de los autos, y pude identificar a dos de ellos como carros de la policía. Entonces comencé a elevarme rápidamente; yo sabía que esto era peligroso con gasolina de calidad inferior, pero yo no tenía otro remedio y poco después volaba a toda velocidad y a una altura considerable.

Permanecí en la "Hacienda de los Asesinos" durante una semana descansando y con objeto de que se olvidara el incidente. Los periódicos se ocuparon de él ampliamente; dijeron que el ranchero estaba a punto de ser maniatado, cuando oyó que yo era un contrabandista y que pensó en una buena recompensa si me atrapaba con todo y drogas.

Dijeron también que el Sheriff por poco se muere de la impresión al ver que un avión venía a toda velocidad sobre su auto.

Francamente no encuentro ridículo su temor, pues yo en su caso, tal vez me hubiera asustado más.

Ahora estaba yo en posesión de una cantidad de dinero muy grande puesta en cinco diferentes Bancos, bajo nombres supuestos. Había ahorrado casi doscientos setenta y cinco mil dólares que tenía en valores seguros y fácilmente negociables.

Ahora la situación se tornaba muy difícil; el Gobierno había investigado, y nos seguía las pasos muy de cerca. Se tenía ya conocimiento de la existencia de la "Hacienda de los Asesinos" y se sabía donde estaba y lo que se hacía en ella; se nos vigilaba constantemente.

Por ese tiempo leí en uno de los periódicos de Los Angeles, un relato de un accidente de un aeroplano que había hecho explosión, incendiándose. Se le titulaba un accidente, pero yo sabía muy bien qué era lo que eso significaba. Era que el piloto se había visto obligado a incendiar su aparato para ocultar un contrabando.

¿Qué más podía sacar de mi arriesgada posesión?

Ahora tenía bastante dinero. Por eso decidí retirarme.

Pero escapar de la Banda ofrece muchas dificultades. Existe una ley no escrita, que rige a los contrabandistas de drogas, que consiste en que el que una vez ha tomado parte en el ilícito negocio, nunca puede retirarse de él. Mientras un individuo pertenece a una Banda, está bien, pero si se separa de ella, puede ocurrírsele relatar algo de las actividades y hay que pensar que la Banda tiene millones de dólares invertidos en el "negocio".

Sabía de antemano que era inútil y hasta peligroso hablar de mi retiro con Chester o Mac, y tenía la oportunidad de verlo alguna vez, por lo que decidí hacer mi último trabajo con la Banda y retirarme enseguida.

Antes que pudiera pensar el asunto más detenidamente, recibí la orden de volar a Chicago en mi Lockheed.

Debía yo esperar en un aeropuerto a extra muros de la ciudad, a que me trajeran una carga muy valiosa. No me dijeron en qué consistía esa carga.

Revisé cuidadosamente mi avión y dos días más tarde estaba yo en el aire volando rumbo a Chicago.

Hice catorce horas y media en mi viaje, y cuando aterricé, encontré que en el campo me esperaba un sujeto llamado el "Gordo" Walton.

¿Qué es lo que tengo que transportar en este viaje? le pregunté; yo ya lo conocía, él había pasado una temporada en la "Hacienda de los Asesinos".

Van a realizar hoy un "trabajo grande" y quieren que se translade inmediatamente a la costa. Me ordenaron que estuviéramos listos a las dos de la tarde exactamente; me dijo. Es un "trabajo de Banco".

Faltando quince minutos para las dos, ya tenía mi Lockheed en línea, cargado de combustible y con la máquina trabajando a poca velocidad.

A las dos menos cuatro minutos exactamente, ví que un sedán grande venía a todo velocidad por la carretera. El aeropuerto en que estaba mi avión, era un pequeño campo en que estaba establecida una escuela de aviación, no de primera categoría. Al propietario de ella se le habían pagado cincuenta dólares para que fuera a pasar el día en la ciudad con sus gentes.

El auto llegó hasta donde estábamos. De él descendieron dos hombres muy bien vestidos, sudando profusamente y furiosamente exitados; se dirigieron al "Gordo", quien abrió la puerta de la cabina apresuradamente. Saltaron hacia dentro y el "Gordo"